

Con la modernidad cambian al mismo tiempo la relación con el pasado y la manera de vivir el presente. El pasado se ve doblemente falseado: idealizado en una reconstitución fáctica y mercantil, y ridiculizado en su utilización como referencia de contraste. El presente, por su parte, es despojado de todo espesor, sin duración, comprimido en lo efímero y dislocado. Disuelto, este tiempo alimenta la falsa memoria de los computadores y engendra el *stress* contemporáneo.

## *Las falsificaciones del pasado*

Las nuevas tecnologías se instalan en el centro de nuestro campo cultural, pero éste parece con ello perder su dimensión histórica. El pasado, ese componente esencial, ese asiento fundante de toda cultura o al menos considerado como tal, cambia de sentido, de función intelectual, de estatus social, bajo la arremetida de la modernidad.

A primera vista, sin embargo, el pasado parece ocupar un lugar de privilegio en el pequeño universo mediático y mercantil de la producción cultural; el pasado se ha convertido en un material de vasto consumo popular. La televisión multiplica las series con pretensiones históricas. En cualquier parte es posible comprar *gadgets-souvenirs* que evoquen episodios, movimientos o figuras del pasado; los bicentenarios extienden casi al infinito las capacidades imaginativas y las vetas mercantiles: así fue en Estados Unidos en 1976, Australia en 1988 y Francia en 1989. En ciudades ficticias se reconstruyen, para la alegría de los turistas, el cuadro cotidiano y las actividades de otrora; así ocurre en Vollandam (Holanda), en el Berry francés Aubigny, Williamsburg en Carolina del Norte. La palma de oro en este género es atribuida a una ciudadela de

la dinastía Song (siglos x y xii), aprisionada entre gigantescos edificios y líneas del metro en episodios históricos, de preferencia a la sombra de murallas medievales o portales góticos, tienen un éxito de público asegurado. En las subastas no hay accesorio de cocina victoriano ni wc edwardiano que no encuentre fácilmente un comprador. En resumen, como señalaba *The Observer* del 10 de noviembre de 1985, "*the past has won*", el pasado ganó.

Pero se trata de un pasado tratado como prótesis cultural de rearmado y de reciclaje, un pasado des-construido para apropiarse de sus pedazos dispersos. Tan dispersos como esas iglesias españolas, pirámides aztecas, casonas coloniales y bancos proto-capitalistas de estilo helenizante que flotan en la superficie del hiper-espacio desestructurado de Ciudad de México como bloques erráticos arrastrados allí por un monstruoso huracán.

El presente de la modernidad es demasiado pobre en sí mismo para alimentar una verdadera cultura y permitirle expandirse. Se renueva demasiado rápido, de modo demasiado superficial, a través de obras demasiado frágiles. Hay que darle un "*supplément d'âme*", así como al *chic* de Viena de antes de 1914, cuyos pintores, pensadores, poetas y decoradores se pusieron "a la moda". Hay que administrarles vitaminas a este presente anémico y frágil; aditivos, colorantes de todas las especies. Esa es la función del arcaísmo que triunfa por doquier con los juegos de salón pseudomedievales, los accesorios para decorar la casa familiar, los

\* Este artículo agrupa algunas reflexiones sobre el tiempo, el pasado y la historia, extraídas de varios capítulos del libro *Modernité-Monde* (París, 1989), que aparecerá también en inglés en el curso de 1990, en Londres, con el título de *Brave Modern World*.

emblemata pseudogóticos de las pequeñas ciudades francesas, de la publicidad, por supuesto, que abunda en caballeros sudistas y nobles españoles del Siglo de Oro. Es cierto que la aficción de arcaísmo es tan antigua como la propia sociedad burguesa. El siglo XVIII que terminaba se quería continuador de Roma antigua, el neogótico victoriano servía para apaciguar los traumatismos de la revolución industrial. Pero el arcaísmo que nos invade hoy expresa quizás una angustia más profunda; habla de la inquietud desgarradora y de la pérdida de identidad del *homo mondialis modernicus*; es una protesta, un grito, un llamado. El anticuario le saca partido a todo, al más mínimo desecho de fierro y al más modesto utensilio en desuso. En los caminos estrechos de Tasmania y en los campos suecos, los visitantes hacen fila para visitar innumerables granjas, talleres, faros y escuelas donde el cuadro cotidiano de la vida de antaño es reconstituido. Esa es la fuerza de atracción de este pasado-evasión, de este pasado-consuelo, de este pasado-refugio. Se recurre al pasado para intentar llenar el vacío existencial de la modernidad. Un vacío que no logran hacer olvidar las innumerables prótesis y aparatos cada vez más sofisticados que las nuevas tecnologías ponen a disposición de la creación cultural.

¿Qué es lo que finalmente van a buscar las decenas de miles de visitantes chinos que cada domingo abandonan sus barrios banalizados en buses repletos de gente para deambular plácidamente por las calles, puentes, palacios, parques y templos del Gu Gong, la antigua Ciudad Prohibida de los emperadores de antaño? ¿Acaso van a saborear inconscientemente una revancha histórica contra la opresión milenaria? ¿O bien no los mueve otra cosa que una ingenua curiosidad por ese pasado desaparecido para siempre? ¿O se trata simplemente de que se encuentran "en su casa", en la China profunda cuya sustancia disuelve la modernidad con la rapidez del ácido?

El pasado se ha transformado también en un campo de valorización colectiva, la afirmación de una identidad específica frente a un mundo que se uniformiza. Los nuevos Estados de África y Asia han dotado generosamente a sus ministerios de patrimonio, y esto no sólo para drenar las divisas de los turistas. Los delegados del Tercer Mundo en las Naciones Unidas, que hace treinta años buscaban parecerse a los diplomáticos y hombres de negocios de Occidente, hoy día prefieren las industrias tradicionales de Arabia, África negra o Polinesia.

El pasado es además un pasado-contraste,

una referencia de autojustificación que necesita el presente. Se exhibe profusamente —particularmente a los jóvenes y niños— todo lo que el pasado tenía de precario, sórdido e implacable para la vida y el trabajo humano, a la manera del chantajista que muestra cartas comprometedoras. Cuando los intelectuales del Tercer Mundo son obligados a alinearse "al nivel" de las grandes universidades americanas o europeas, so pena de perder de vista completamente las verdaderas prioridades de sus propias sociedades, o cuando los campesinos franceses son obligados a entrar a toda velocidad en el modelo agro-alimenticio industrializado, so pena de endeudarse en esta carrera por el productivismo y la sobreproducción invendible —en nombre de la modernidad en los dos casos—, es al pasado a quien se recurre para apoyar esas operaciones de intimidación; se juega con el miedo de los interesados a aparecer como "atrasados".

Si este chantaje a la modernidad hace frecuentemente referencia a las tareas del pasado, es para acreditar mejor la pretensión del presente a la infalibilidad eufórica y a la necesidad histórica. Las tareas del pasado resultan bien cómodas para ocultar las heridas del presente y desviar la atención de ellas. El recuerdo del pasado ejerce en nuestra cultura política el rol de una referencia de camuflaje, ayuda a exorcizar las mutaciones traumáticas del presente. De Gaulle llamaba elocuentemente a la "Francia de siempre", mientras involucraba a la sociedad francesa en un proceso de americanización que fue la piedra angular de toda la v República;\* Ronald Reagan invocó durante ocho años los valores pioneros del siglo XIX americano para facilitar la aceptación de los rigores de la liberalización económica, los progresos de la "nueva pobreza" y el fin del sueño democrático legado por el *New Deal* rooseveltiano; en suma, la modernidad sin artificio ni piedad. La arcaica Guerra de las Malvinas, en la más grande tradición militar del Imperio Británico, vino justo a tiempo para asentar la autoridad de un gobierno thatcheriano que dejaba, sin importar sus costos sociales, al puro mercado como árbitro entre *winners* y *losers*.

Si el pasado sigue ocupando entonces un lugar de privilegio en la cultura de la modernidad, es en tanto pasado-Proteo, cuyas funciones son tan diversas, cuando no contradictorias, que subrayan

\* *L'Homme et la Société* 90 (1988). Número sobre "Le temps et la mémoire aujourd'hui".

su carácter dislocado y des-construido. Es, por lo mismo, a través de sus múltiples funciones, un pasado exterior a nosotros. Sea bajo la forma de sueños o pesadillas, objeto de asco o marca de distinción, nos pese o nos ayude, "*Past is a foreign country*", el pasado es una tierra extranjera, como dice el título del original estudio de David Lowenthal. Mantenemos con el pasado una relación de exterioridad y ya no más de interioridad.

Porque perdemos el sentido de la duración histórica a la vez como continuidad y discontinuidad, nuestra percepción de la dimensión temporal se degrada y diluye en lo inmediato; el eje que une el pasado al presente y al futuro está dislocándose bajo los golpes de la modernidad-mundo.

### *Lo efímero y la duración*

El tiempo de la modernidad se contrae en lo inmediato y lo efímero. El *fast-food* se elabora en lo inmediato, es un *patchwork* aleatorio, niega el arte tradicional de los cocimientos escalonados en el tiempo, la maduración plural de gustos y sabores, la combinación de ingredientes que se armoniza progresivamente. Los relojes digitales ya no indican el tiempo como duración sino el momento efímero, mientras el movimiento de los punteros del reloj inscribía el tiempo a través del espacio y hacía perceptible su progresión en referencia simultánea a un pasado y a un porvenir.

Nos instalamos así en la ética del instante, el imperio del nano segundo, el culto de lo desechable, el horror a la obsolescencia, pero los desechos y restos dejados por estos productos tan rápidamente degradados se revelan de una longevidad temible.

El intelecto también se instala en el instante. Las "*news*" audiovisuales no son más que lo "*prêt-à-jeter*", son olvidadas al momento de ser consumidas. La traducción automática (llamada "traductica") opera por el juego de equivalencias mecánicas y rechaza la experiencia personal adquirida progresivamente por el traductor, su "*savoir-faire*" conseguido con el tiempo. La "información", tan celebrada como instrumento de rendimiento económico, reducida a datos transitorios y constantemente reformulada en función de la evolución de las situaciones, se precia de eliminar el saber en tanto proceso acumulativo.

En un nivel más abstracto de la teoría económica, ¿acaso no podemos interrogarnos sobre la expansión del sector terciario como reducción del valor a lo instantáneo? Viajes, espectáculos, acce-

sos a un banco de datos, llamados telefónicos: el valor de todo servicio o prestación del terciario se realiza en lo inmediato, por el mismo hecho de su disponibilidad directa. El valor de los productos del "primario" (agricultura, minería) y del "secundario" (artesano, industria) se inscribía en el tiempo en términos de apreciación y depreciación de los stocks.

La instantaneidad, en nuestro mundo de la modernidad, ha llegado a ser un verdadero imperativo moral. La urgencia se convierte en ideología. La velocidad, es decir, el tiempo que se sobrepasa a sí mismo y afirma su control del espacio, es el criterio superior de rendimiento para las máquinas y la gente, es el signo del poderío social, al punto que Paul Virilio ha hablado de "dromocracia". El tren francés de alta velocidad, TGV, ha inscrito su divisa: "Ganarle tiempo al tiempo".

Sin embargo, hay que organizar este tiempo en migajas, esta nebulosa de momentos efímeros y de procedimientos instantáneos. La rígida programación del tiempo de la modernidad es la contrapartida de su reducción a lo inmediato. El tiempo está "enmadejado", organizado en bloques secuenciales rígidos, al ritmo de altos y bajos, de los tiempos "fuertes" y los tiempos "vacíos". Se parte a la caza de los "tiempos libres", se busca el "plazo cero", se reducen los límites y nos instalamos en la sociedad sincrónica integral del *itt* ("*Just in time*").

La categoría "bloque de programas" inscribe la gestión programada del tiempo social en la discontinuidad de lo inmediato: un proceso progresivo o que debería serlo, así como el desarrollo de una ciudad, se resuelve en una serie de acciones a corto plazo, de momentos a la vez burocráticos y técnicos que no tienen pasado ni porvenir y que están disociados unos de otros.

La vida personal está también programada de modo tan estricto como la actividad de los festivales culturales, las firmas industriales, las casas de edición o los canales de televisión. La agenda sobrecargada no es el privilegio de las profesiones liberales y del "terciario superior". En caso de enfermedad, todos hemos tenido la experiencia de la indecisión frente a tener que "desmontar" un día programado con anterioridad. Frente a la complejidad de la operación y las preocupaciones que engendraría, no nos atrevemos y optamos por atenernos al programa previsto, en vez de parar todo y quedarnos en casa recuperándonos.

Cuando incluso las vacaciones —que seguimos llamando así sólo por involuntario humor— se programan de manera demasiado cargada, el tiem-



po personal pierde el sentido, de lo disponible e imprevisto. Y esos malos hábitos se adquieren desde la tierna infancia. Los adultos planifican febrilmente su tiempo "fuera del trabajo", los padres organizan con el mismo voluntarismo el tiempo "fuera de la escuela" de sus hijos, programándoles actividades organizadas, salidas, clubes, cursillos, etc., y los niños se acostumbran rápidamente a estas secuencias rígidas; el tiempo realmente "libre" les produce pánico.

El tarificado económico del tiempo va a la par de su programación social. Hace siglos que el bueno de Franklin invitó a sus compatriotas a respetar el tiempo como valor de cambio, "*time is money*"; hace decenios que el ingeniero Taylor cifró minuciosamente el costo temporal de cada operación obrera en la fábrica. Con las nuevas tecnologías de la electrónica, las exhortaciones moralizantes de Franklin y los controles minuciosos pero localizados de Taylor se transformaron en estrategia productivista, cuyas ambiciones son universales. La captación global que efectúa el computador al servicio de la "producción" es una captación del tiempo en sus interconexiones complejas.

¿No es el tiempo de la modernidad finalmente un tiempo encerrado en sí mismo y amarrado en torno a su lógica circular, un tiempo bloqueado? El ritmo de las centrales nucleares es rígido, su producción de energía eléctrica no puede ser modulada de acuerdo a las variaciones de la demanda; es a los consumidores y a la sociedad en su conjunto que corresponde adaptarse a esta rigidez sistemática, a este bloqueo temporal. A su manera, la serie de televisión *Dallas* se inscribe también en una temporalidad rígida, bloqueada. Su difusión se prolonga por años, pero sus personajes jamás evolucionan, se conservan fijos en sus estereotipos, están bloqueados en un tiempo social y afectivo completamente inmóvil.

¿No vivimos acaso una nueva relación con el tiempo como cuadro y medida de la condición humana? ¿Al mismo tiempo comprimido en lo inmediato, sobreprogramado, tarificado, bloqueado? ¿El tiempo de la modernidad no tiende entonces a organizarse fuera del hombre? Se impone a nosotros desde el exterior, en tanto sistema secuencial y lineal, rigidamente cadenciado, cuantificable en función de las exigencias de las máquinas y del mercado; es un tiempo del que sólo sufrimos presiones y cuyo control perdemos. Deja de ser un *continuum* de duración, a la vez flexible y disponible, abierto a la iniciativa individual y colectiva, y que progresa en la sucesión de pausas, aceleracio-

nes, rupturas, esperas y crisis por las que atraviesan los seres y las sociedades humanas; en suma, un tiempo cualitativo, consubstancial a la praxis humana.

Este tiempo rígido y cuantitativo es el tiempo que Occidente impone al resto del mundo a medida que se instala el mercado mundial unificado, el tecno-cosmo, el modelo de *homo mondialis modernicus*. Es perfectamente extranjero a las culturas no occidentales, incomprensible y absurdo para los amerindios, malayos, esquimales y negros; para todos los pueblos cuya identidad colectiva propia sigue intacta, o al menos vigorosa y consciente de sí misma, frente a las presiones de la modernidad-mundo.

El tiempo de los kanakas es el tiempo de la duración. Es una experiencia colectiva, una adquisición social acumulativa, una construcción continua. Se "habita el tiempo" como se habita la tierra, es decir, a través de las relaciones sociales. El tiempo es un campo de libertad que permite a los hombres desarrollar sus mutuas relaciones, comprenderse y concertarse. Discutir, entre kanakas o con los blancos, es tomarse el tiempo para discutir. Este tiempo kanaka está fundado en el recuerdo y la convivencia. De generación en generación se transmite la geografía de las tierras y los senderos que materializaban las relaciones entre clanes y entre tribus, lo que el "cantonamiento" colonial, el encierro en sus reservas, pretendió borrar. Los kanakas no hablan fácilmente de su pasado, ni siquiera de sus sufrimientos pasados; este silencio no es el silencio del olvido, sino el de la interiorización en la duración. ¿Cómo el pequeño funcionario blanco, atraído por las primas y privilegios que otorga Francia profusamente en sus territorios de ultramar, para quien las rigideces temporales del aparato estatal francés en Caledonia son parte integrante de su propio poder; cómo el pequeño agricultor criollo, instalado en un tiempo fragmentado e inerte, puntuado solamente de los éxitos y fracasos individuales, definido entonces en términos mercantiles, podrían captar los tonos y sutilezas del tiempo kanaka?

### *El tiempo disuelto y la memoria anónima*

El tiempo tal y como lo modela la modernidad es un tiempo desnaturalizado, des-realizado, degradado en sistema artificial, finalmente disuelto.

A medida que se organiza de manera más rígida, el tiempo técnico-social se disocia de los ritmos naturales. En las fábricas que trabajan según el sistema de relevo, los períodos de descanso y de

sueño son definidos por las exigencias de las máquinas; los obreros se supone deben ignorar la alternancia de los días y las noches, pero sus cuerpos protestan contra esa violencia insidiosa bajo la forma de enfermedades psicosomáticas que la Medicina del Trabajo debe tomar en cuenta.

El trabajo a relevo se instala en todas las latitudes y rompe los ritmos cotidianos. En los países temperados del Norte, son los ritmos estacionales los que se desordenan por la importación masiva de frutas y legumbres de los países del Sur, gracias al bajo costo del flete aéreo. Nos acostumbramos a comer de todo en cualquier momento; el calendario alimentario anual es puesto "en encefalograma plano", es banalizado, aculturado.

La hora de verano "a la francesa"—iniciativa de este país, conocido por su propensión a las sofisticaciones burocráticas—introduce un desfase de dos horas en relación a la hora solar "verdadera". Bastante para provocar perturbaciones del sueño, de la actividad cardíaca y de las secreciones hormonales, no sólo de los niños, sino también de los trabajadores al aire libre, de los agricultores y de los enfermos, así como de todos aquellos que siguen ligados a los ritmos solares y a los ciclos naturales por razones biológicas o profesionales.

En una escala infinitamente más grande, ¿no es acaso el tecno-cosmo entero que entra en conflicto con los ritmos naturales de los bosques y lagos, de las napas freáticas y de la atmósfera? Estos ecosistemas son a la vez de una gran estabilidad y una gran flexibilidad; descansan en equilibrios complejos que son posibles de reconstituir, pero a ritmos muy lentos y progresivos; resisten mal a las agresiones violentas y repentinas de la técnica. El sistema de autodepuración de los lagos no puede "acompañar" los vaciamientos masivos de las cloacas, los cuales sirven solamente a las algas llamadas "eutróficas", que proliferan acaparando el oxígeno disuelto en el agua y condenando a muerte a las otras especies vegetales y animales. El dispositivo de filtración natural de las napas subterráneas no es capaz de absorber las dosis masivas de abonos nitríticos que reciben en las zonas de agricultura "moderna". En muchos países tropicales, la Revolución verde, en su carrera por lograr cada vez mayores rendimientos y con sus siembras demasiado profundas, ha roto los ritmos naturales de reconstitución del humus en la superficie de los suelos.

El tiempo deviene sistema. El tiempo llamado "real"—sobre el que se funda la captación informatizada del trabajo industrial, la gestión informática instantánea de los *stocks* comerciales, el control

informático de los pedidos en un gran restaurant—es también un sistema des-realizado. La captación "en tiempo real" pretende controlar al instante una situación dada, pero no toma en cuenta más que las variables consideradas previamente por el programa escogido. El "tiempo real" no es más que la proyección de condiciones preexistentes, las únicas conocidas por el programador; esto por definición es así. El tiempo llamado "real" reduce la realidad a la pura y simple reproducción continua de una situación anterior. Es un tiempo fósil, no un tiempo vivo; es un tiempo-artefacto.

Las "autopistas informáticas del saber", tan celebradas por la modernidad *pop*, son sistemas técnicos fundados en una lógica puramente operacional que actúa al mismo tiempo en el espacio y en el tiempo. Sin embargo, las redes telemáticas y los bancos de datos están mucho más cómodos en la dimensión del espacio que en la del tiempo. Su espacio se dilata y se magnifica en hiper-espacio, su tiempo se contrae y degrada en lo efímero. Tienen la ambición de dar a toda información una difusión universal en el espacio y asegurar a cada "informado" el acceso a todo tipo de información. Pero operan privilegiando el momento, la instantaneidad. Pretenden también realizar una "captación" del tiempo en su integralidad, pero tratan al pasado como un *stock* de datos reducidos a migajas al que se recurre solamente en función de las necesidades de una situación dada. La "memoria" de los computadores se consideraba ilimitada, un "cerebro planetario" capaz de almacenar todos los conocimientos acumulados por la humanidad desde sus orígenes. Pero, ¿amerita la memoria electrónica ese nombre? Ella se reduce a procesos de restitución de secuencias de impulsos eléctricos que ha reservado. No es finalmente la memoria de nadie, no se integra en una cultura, no está construida a partir de la experiencia que las personas y grupos humanos han acumulado en la dimensión del tiempo. Es una anti-historia. Para las personas, para las colectividades, acordarse de cosas no equivale a restituirlas. Porque los recuerdos están ahí permanentemente, corresponden a procesos afectivos e intelectuales complejos. El recuerdo de alegrías y penas, de crisis y de "élans" históricos, forma parte de la identidad profunda de los individuos y de las colectividades. La "memoria electrónica", al revés de la memoria humana, disuelve esta identidad y la pone al servicio de un sistema espacio-temporal encerrado en una pura lógica técnica.

El espacio-sistema y el tiempo-sistema de la electrónica no se organizan de acuerdo a las propie-



dades naturales del espacio y del tiempo. Se pierde el sentido de escala, de la perspectiva y de las distancias. El intervalo espacial y temporal que daba lugar a plazos, a tiempos de latencia y de espera, a la maduración y a la negociación, en fin, a la responsabilidad, se disuelve en beneficio de la "interfase" inmaterial y mecánica, del juego recíproco de las interdependencias inmediatas y, por lo mismo, irresponsables. Estados Unidos y la Unión Soviética están en un estado permanente de interfase, de bloque recíproco del que depende la suerte del resto de mundo.

Nos instalamos en una nebulosa espacio-temporal que disuelve las señales fundadoras de nuestra conciencia individual y social. Las fecundas relaciones entre el aquí y el allá, lo próximo y lo lejano, el adentro y el afuera, el centro y la periferia, el ahora, el antes y el después, han perdido toda pertinencia, cuando no toda realidad. Estas relaciones ya no son capaces de orientar nuestro pensamiento y de estimular nuestra acción, de darle un sentido y un contenido. La televisión, y más todavía la comunicación telemática en ubicuidad instantánea, mezclan el aquí y el allá; la sobrecarga informativa confunde lo próximo y lo distante. El espectador de un holograma no es capaz de decir si se encuentra en el interior o al exterior de él. El mercado mundial y el tecno-cosmo desordenan completamente las categorías de Centro y Periferia; la hipertrofia de las periferias de las grandes ciudades borra y supera los contrastes entre campo y ciudad. La guerra moderna, apretada en tiempos de respuesta cada vez más breves, aplastada en la instantaneidad del botón destructor, ignora el antes y el después; su "ahora", si fuera efectivo, se transformaría en un "nunca más".

Las presiones de los tiempos modernos son estresantes. Paradojalmente, el progreso técnico cuyas ganancias temporales forman parte de las ganancias en productividad, aumenta la presión sobre el tiempo social así como sobre el tiempo personal. La sincronización perfecta de la red ferroviaria francesa permite que los trenes se detengan sólo dos minutos, a veces sólo uno, en cada estación, obligando a los pasajeros a apurarse para no perderlos. En general, todos son corroidos por la obsesión de ganar tiempo, de administrar bien su "presupuesto-tiempo", de controlar las series secuenciales de sus actos y las cadencias de sus desplazamientos. La sociedad de consumo es una gran consumidora de tiempo. A medida que se diversifican los productos disponibles, desde las galletas hasta los autos; a medida que los equipos electrodo-

mésticos o audiovisuales se hacen cada vez más complejos y eficaces; a medida que se multiplican las posibilidades de distracción, hay que dedicar más tiempo a la comparación de precios y capacidades técnicas, a la mantención y al nivel de utilización de estos artefactos que se quiere rentabilizar una vez que nos han seducido.

Esas son las neurosis temporales de los ricos y de los países con altos niveles de vida; están hechas de frustraciones y de tensiones, cuando no de obsesiones. Estamos prisionados entre el tiempo ganado gracias a innovaciones técnicas de todo tipo, y el tiempo perdido por la asfixia creciente del espacio urbano y la congestión creciente del tiempo personal y social provocado por esas mismas innovaciones. Se vive dividido entre la aprehensión de las fases de inactividad donde se está frente a sí mismo y la presión del tiempo sobreprogramado de antemano; entre el miedo al tiempo muerto y el hambre de tiempo libre. Un tiempo libre que no es más que un rosario discontinuo de momentos efímeros que logramos robar a la sociedad íntegramente sincronizada.

El stress temporal de la modernidad afecta también gravemente a los trabajadores, a aquellos de las grandes ciudades de Occidente, a aquellos de los "Estados-fábricas" de Asia Oriental y a los de Japón.

El tiempo de los desplazamientos entre el lugar de trabajo y de residencia se alarga considerablemente. No se puede responder a las exigencias crecientes de la vida moderna, hacer los trámites administrativos, organizar la vida de los niños, asegurar el buen funcionamiento del hogar, sin entrar a una gimnasia temporal, que es todavía más agotadora para los nervios de la mujer que trabaja.

Ricos o pobres, todos ceden a la presión estresante de lo inmediato. Se vive, lo decía Orwell hace ya medio siglo, en la "obsesión de un *lifting* permanente", se corre detrás de la moda fugaz, somos atrapados por el "must" efímero, recibimos cotidianamente el bombardeo publicitario en favor de lo nuevo. La presión de la información inmediata transforma la vida cotidiana en anticipación angustiosa del mañana, y así cada día pierde su realidad viva y específica. "Lo que es grave con 'el Tiempo' —dice el humorista francés Cavannaes— que antes, cuando no teníamos informes meteorológicos, si era un bonito día, gozábamos del sol; pero ahora que sabemos que va a llover al día siguiente, esos mismos rayos de sol se nos estropean".

Rico o pobre, cada uno está obligado a llevar una vida personal separada en temporalidades múl-

tiples. La vida se organiza "negociando", mal o bien, los ajustes necesarios entre el tiempo biológico requerido para alimentarse y dormir; el tiempo mercantil que provee del dinero necesario para todos, cualquiera que sea su nivel de miseria o de prosperidad; el tiempo doméstico consagrado a la familia y al hogar; en fin, el tiempo realmente libre, el de la vida personal más profunda. Pero las presiones de estas cuatro temporalidades no son de la misma naturaleza. Unas son primordiales y sin embargo flexibles, como el sueño; otras son rígidas, impuestas desde el exterior, como los horarios de trabajo asalariado; hay otras más morales que materiales, como la atención brindada a los hijos; otras son completamente subjetivas, como la necesidad de estar solo o de contacto humano. Víctimas de las imbricaciones de estas temporalidades conflictuales, estamos obligados a aceptar sus nebulosas y todo se hace más confuso. Se es rechazado hacia lo efímero e inmediato, hacia lo "que está fuera del tiempo" y lo atemporal, así como hacia lo que está "fuera del suelo" y deslocalizado.

La confusión temporal afecta a todas las generaciones, disloca y descalifica las "edades de la vida". Cada uno está obligado ahora a definirse como "adolescente" o miembro de la "tercera edad", es decir, a identificarse con un estatus rígido, a la vez comercial, político e ideológico, y de adaptarse así a un comportamiento estereotipado en materia de consumo, de clientela electoral o de gusto cultural. La singular continuidad de cada existencia personal es rota en tanto que construida en la duración del tiempo. Los intercambios entre generaciones se hacen más difíciles a través de barreras que establecen estos estatus rígidos y esos estereotipos. Pero, ¿sabe cada edad de la vida lo que es, lo que quiere y lo que vale? Las personas de la "tercera edad" oscilan entre la valorización comercial que les otorga ese eufemismo, y el sentimiento de ser obsoletos, de estar "usados". Las personas maduras se sienten en pleno uso de sus facultades, pero viven en la angustia de la depreciación, en la obsesión del reciclaje. Los jóvenes son empujados por la evolución moral a la precocidad sexual, bancaria y cultural, y sin embargo se prolongan en la post-adolescencia, en la dependencia alimentaria y moral de sus padres, decididos éstos de todas maneras a mostrarse superiores.

El stress de la modernidad es también la tensión, tan insoportable que la enviamos a las profundidades del inconsciente con la última energía, entre las presiones del tiempo cotidiano y las incertidumbres del tiempo por venir. La vida cotidiana

está sobreprogramada, sobreorganizada, sobreapretada por las presiones del instante y los imperativos de la velocidad. Pero el futuro está cargado de interrogantes e inquietudes sobre el empleo y el medio ambiente, sobre el arte de vivir y los riesgos de morir, sobre la catástrofe financiera del Tercer Mundo y la guerra nuclear. Estamos atrapados por las exigencias de lo inmediato, nos sentimos impotentes y desarmados frente a los peligros que se ciernen sobre nosotros, aun cuando los guiones y simulaciones cuantificadas propuestos por la "prospectiva" intentan ingenuamente amansar los demonios del tiempo largo.

### *El tiempo como campo de disputa política*

El cambio profundo de nuestra relación con el tiempo es un problema político; el tiempo se transforma en un campo de disputa político. Al menos en Occidente, porque las incidencias espacio-temporales de la modernidad en el Tercer Mundo son mucho más complejas y mucho más difíciles de aprehender que lo que este análisis demasiado centroeuropeo puede hacer...

La modernidad privilegia lo global contra lo local, el espacio general contra el particular. En cambio, en términos de tiempo, privilegia el instante contra la duración, lo particular contra lo general. ¿Cuál es la paradoja que hace que estas dos evoluciones en sentido opuesto converjan para devastar y desertificar el campo político?

La toma de conciencia política no se ve facilitada en modo alguno por la invasión de la vida cotidiana por el "*prêt-à-jeter*" —los "desechables"—, ni por el hecho de que las informaciones de los medios de comunicación sean destinadas al olvido una vez difundidas. Se vive en lo inmediato. Se descubre repentinamente un problema —las Malvinas en 1984 en Gran Bretaña, la Nueva Caledonia en 1988 en Francia—, pero este interés repentino rápidamente se disipa. La pérdida del sentido de duración es la pérdida de la responsabilidad política. La modernidad quebranta y disloca el eje que liga el pasado al futuro pasando por el presente; retira así su razón de ser a la intervención política; debilita la capacidad de los seres humanos, individual y colectivamente, para controlar su condición actual en función de sus experiencias pasadas y en referencia a sus proyectos de futuro. El hecho de que la sociedad vaya esfumarse sus perspectivas en la duración del tiempo es una desventaja política particularmente severa para los jóvenes, a quienes



la edad priva de señales temporales a partir de sus propios "vivires". Los jóvenes en su mayoría vagan en un espacio-tiempo flotante del cual ya no conocen el sentido político, y ni siquiera se plantean que pudiera existir uno; navegan al viento.

La conciencia política se ve gravemente afectada por la instalación del techno-cosmo en el punto de no-retorno, en la irreversibilidad de las centrales nucleares y los computadores, así como por el alineamiento del tiempo de las sociedades humanas sobre la "flecha del tiempo" de Ilya Prigogine, sobre un tiempo unidireccional, sobre un "tiempo-vector" irreversible en su naturaleza profunda. El control político de los hombres sobre su propio devenir social es puesto en duda; la filosofía del "no-retorno" abre el camino a la retórica de la liberalización económica y del "*grand laissez-faire, laissez aller*".

Contra las presiones múltiples del tiempo de la modernidad se dibujan ya algunas resistencias que son políticas, aun cuando la política oficial apenas se preocupa de ellas.

¿Qué control tienen los trabajadores sobre su tiempo laboral? La distribución de los horarios de trabajo cotidianos, la flexibilidad de la semana

laboral, las vacaciones, y naturalmente los ritmos de trabajo, ocupan un lugar cada vez más importante en las reivindicaciones obreras y las huelgas y, en consecuencia, en la conciencia de los trabajadores. La importancia del tiempo se aproxima cada vez más a la del salario.

¿Qué control tiene cada uno sobre su tiempo personal? ¿Cómo extender el margen de iniciativa del que se dispone? ¿Cómo resistir a las tentaciones de la sobreprogramación? ¿Cómo defenderse contra lo efímero y reencontrar el sentido de duración?

¿Qué control tiene la sociedad de su futuro? Las reivindicaciones del Tercer Mundo para obtener un "reescalonamiento" de su deuda, los movimientos de opinión en favor de una "moratoria" de la industria nuclear y de un congelamiento del armamentismo atómico, ¿no expresan acaso, en dos sectores críticos del desorden mundial, una aspiración confusa a distender las presiones del tiempo, sean éstas técnicas o financieras? Quizás haya algo mejor que hacer que dejarse llevar pasivamente por la carrera implacable de la "flecha del tiempo".

Se puede defender el derecho al tiempo, así como se defiende el derecho al espacio.

(Traducción de José Auth S.)